Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 37 (2010)
Heft: 4

Artikel: La vida de un soldado : jugar a la guerra, matar el tiempo y comer galletas del ejército

Autor: Heck, Patrick

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-908262

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 12.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Jugar a la guerra, matar el tiempo y comer galletas del ejército

300 días de servicio militar en el ejército suizo. Recuerdos de Patrick Heck, un joven suizo residente en Inglaterra.

Son las 3 de una madrugada de febrero en el valle de Leventina. La temperatura fuera de la tienda es de 15 grados bajo cero cuando nos despegamos de nuestros sacos de dormir, nos atamos las botas heladas y salimos a vigilar el campamento. Dos deprimentes horas quejándonos, cubiertos de nieve hasta el cuello. Llevamos días haciendo esto y todavía estaremos aquí durante muchos más. Mi compañero no quería venir, pero en mi caso, como suizo residente en el extranjero, no puedo echarle la culpa a nadie...

De alguna manera siempre supe que un día sería soldado. Me crié en el campo, en Friburgo, así que para mí el ejército era la cosa más natural del mundo. Convoyes de tanques traqueteaban regularmente a su paso por nuestro pueblo mientras mirábamos sobrecogidos por la ventana de la clase. Reactores retumbaban sobre nuestras cabezas en el cielo de verano. Jugábamos a la guerra alrededor del vestíbulo del gimnasio. Pero las cosas cambiaron: mi familia se mudó al extranjero, lo de jugar a la guerra era cosa de críos, y nunca entré en filas. De vez en cuando pensaba en alistarme, pero tan pronto como se me ocurría cambiaba de idea.

Sin embargo, en 2009 el colapso de los créditos afectó gravemente al Reino Unido, y mi empresa empezó a despedir a parte de la plantilla. A punto de cumplir 25 años me di cuenta de que no volvería a tener otra oportunidad de alistarme. En pocas semanas me había alistado en Lausana, me había despedido de mi trabajo y había vaciado mi piso en Londres. A finales de junio subí la montaña hasta llegar a Airolo, en el puerto del San Gotardo, en el corazón de Suiza. Me habían destinado a la enfermería, y la base militar de Bedrina sería mi hogar durante los siguientes 10 meses.

Hay muchos tópicos sobre el ejército, y no me decepcionó. La escuela de reclutas era una combinación entre ponerse firmes y aprender a ser soldado, aguantando todo el día las órdenes que te gruñía algún suizo alemán. Las condiciones de vida eran sencillas y el espacio personal mínimo. Como recluta esperas para correr y corres para esperar. La gran excepción era la comida: aparte del infame «té de la mili» (que espero no volver a probar en toda mi vida), la alimentación era abundante y generalmente buena.

Mientras nos apilábamos en camiones y hacíamos flexiones vestidos con trajes nucleares, en nuestra división se fue fraguando una verdadera camaradería. Gente de lengua materna alemana, francesa e italiana formaron un equipo que actuaba con rapidez y eficacia. ¡La perspectiva de una noche en la ciudad o de coger un tren pronto para volver a casa siempre era una gran motivación!

Pasábamos la mayor parte del tiempo aprendiendo técnicas de enfermería. Además de ponernos mutuamente sueros intravenosos y aprender a montar hospitales de campaña, aprendimos a afrontar problemas «cotidianos» como choques de coches, etc. Una vez trabajamos con los bomberos, reaccionando ante un terremoto simulado. Nos desperdigaron por todo el país para completar nuestras experiencias laborales en hospitales civiles y fuimos movilizados para vacunar a la población durante la pandemia de la gripe A.

Tras 10 meses de entrenamientos y quejas interminables, se acabó la mili, y yo volví a trabajar en mi escritorio del Reino Unido. Ahora que los recuerdos de Bedrina se van esfumando, es hora de rememorar mi año en el ejército y sacar unas cuantas conclusiones:

- Ahora comprendo para qué existe el ejército. Es un valioso recurso del que echar mano si la nación lo necesita. No obstante, el Gobierno es reacio a recurrir a él. Yo creo que el ejército suizo podría ser desplegado para ayudar con gran éxito en catástrofes internacionales.
- El ejército es un vector de la unidad nacional. Los reclutas conocen allí a gente de las cuatro regiones lingüísticas del país y hablan en otra lengua nacional. Para mí, este es un fantástico logro.
- El servicio militar tiene muy mala fama en Suiza. Hay una astronómica tasa de objetores, furiosos ataques contra el ejército son un tema cotidiano en los medios, pero el ejército no hace nada para evitarlos. Llegará un día en el que los suizos votarán para desmantelar una estupenda tradición nacional.

Personalmente, ahora conozco la belleza y la diversidad de Suiza. Es un lugar del que estar orgulloso, un lugar a defender con orgullo, y fue un privilegio poder terminar mi servicio militar allí.

A veces me sorprendo mirando por la ventana de mi oficina, soñando que estoy fuera con mi división, rodeado de las montañas cubiertas de nieve del valle de Leventina...

la vida cotidiana en el ejército

Foto: Keystone